



Luis Cobiella, intérpretes y equipo artístico de «María en las orillas» (1975). JMD

María en las orillas

Julio M. Marante Díaz

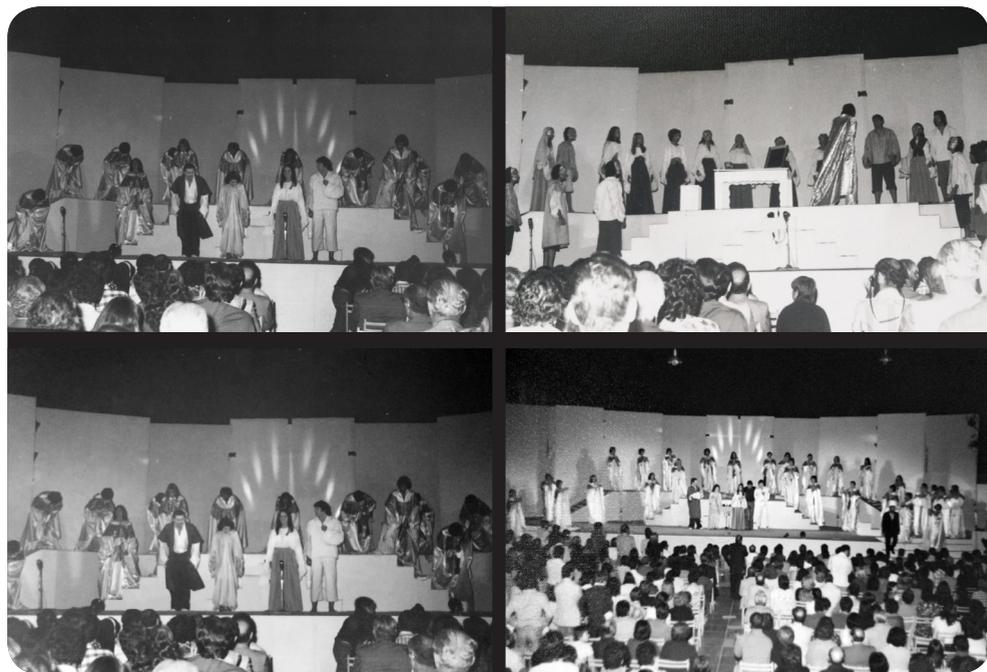
«A quien vaya entendiendo que la inocencia no es algo que se pierde sino algo que se alcanza. Y, con parcial amor, a quienes me lo vienen enseñando».

Luis Cobiella.

Cada vez que hago un balance de mi trayectoria vital reconozco que aquel carro de Luis continúa siendo un recuerdo imborrable en *el haber de mi memoria*. Un resignado sueño que nos lleva a la juventud perdida. Revivir uno tras otro los ensayos y representaciones de aquel carro lustral de 1975 tiene la vigencia del latido de su autor en nuestra sangre. Me ha bastado un álbum de fotos, donde las imágenes actúan como espías del tiempo, para que fueran surgiendo a pedazos los recuerdos de un proyecto teatral lleno de significado: la historia de aquel montaje diferente y único que dio sentido

a nuestras vidas. Así, los pensamientos encallados todavía en mi cerebro son cada vez más claros y recobran el valor que tuvieron antaño. Es como si despertaran las palabras dormidas y nos permitieran redescubrir un mensaje casi olvidado o debilitado en nuestra memoria.

Al dedicarme su libro *Las orillas de Dios*, Luis Cobiella me expresó su gratitud por «haber regalado la voz, los gestos y la apariencia a aquel personaje: El Hombre». Un individuo carente de humanidad, estimulado por el poder y el amor al dinero, representante de la sociedad opulenta y, por



Representación de «María en las orillas» (1975). JMD

supuesto, antagonista del pueblo hambriento de *los pobres*. Creemos que hoy la cruda realidad no difiere mucho de la de entonces: «porque en sus puestos siguen estando los poderosos / y en sus miserias los humildes, / porque los que tienen hambre mueren de ella, / y nadie ha despedido todavía a los ricos con las manos vacías». Hay palabras que turban y ofenden cuando el corazón sangra, versos con temblor de desamparo y ausencia de esperanza, incapaces de romper un silencio de mártires cansados que esperan la absolución tras cumplir la penitencia.

Luis Cobiella sustenta, de forma consciente y con voluntad transformadora, su rebeldía frente a los males de nuestra sociedad. Su inspiración poética está a un paso del arrobamiento místico, expresado con admirable y precisa sencillez. *María en las orillas* retrata un mundo de opresión, en el que los pobres cargan sus penurias en un intento de resistir ante la degradación y el sufrimiento, sin una esperanza de redención; peones sin nombre y sin gloria, indiferentes al poderoso; intrusos salidos de

la nada y sin derecho a nada... Lo que está *orillado* es el pueblo, son los pobres. Por eso, cuantos participamos en aquel Carro Alegórico y Triunfal queríamos acabar desde las tablas con la invisibilidad de sus miserias; con el dolor y el desaliento durante largo tiempo sobrellevados. Deseábamos el despertar de aquella masa silenciosa, unida en una vasta y muda fraternidad; queríamos alentar a que aquella gente de la orilla, desplazada en un pozo estrecho de incomunicación e impotente para levantar la cabeza, se tornara, con la intervención de María (Ángeles Pérez) y de José (Manuel Curbelo Lorenzo), personajes emotivamente necesarios, en un pueblo vindicativo y retador ante la conducta del *hombre rico, engréido e imperturbable, a solas consigo mismo*.

María en las orillas había sido producto de Luis Cobiella, de su imaginación creadora, pero con aquel grupo de jóvenes lo hicimos nuestro. Aquel Carro supuso una experiencia teatral y humana extraordinaria que encaramos con seguridad y aplomo, y fue para todos una



sacudida emocional sin precedentes en un momento crucial de nuestras vidas. Siguiendo los consejos de Ángel Fernández Montesinos, director escénico del Teatro de La Zarzuela de Madrid, cada uno asumió su rol y puso su fuerza expresiva al servicio del mensaje. Las palabras de Luis, que dóciles a su pensamiento reposaban sobre el papel, brillaron pronto con luz propia, revelando su irresistible atractivo a pesar de las dificultades, porque no hay luz sin sombra ni placer sin pesadumbre.

La filtración de parte del texto con imprecisiones orladas incluso de mentiras provocó suspicacias e incomprensiones en una parte del clero, originando algunos comentarios diabólicamente malintencionados: «Esto tiene implicaciones personales, institucionales y eclesiales que traspasan los postulados de la doctrina social de la Iglesia».

¡Cómo me acuerdo del tronar de aquella tormenta! El tema *del Carro de Luis Cobiella* fue el caballo de batalla de no pocas

conversaciones, una situación incómoda que no por prevista resultó menos dolorosa. ¿Cómo salir de aquel embrollo a las puertas de la Bajada? ¿Cómo desvelar un mensaje que para todos nosotros resultaba familiar? Un texto que invitaba a la reflexión cuando «el hombre, a la luz de su conciencia, era capaz de nacer de nuevo, y una vez desencadenado su corazón abrir las alas al sueño de los pobres, dejando atrás la injusticia».

Luis reivindica la Encarnación como «el acto del amor de Dios, y ello en la plenitud del amor al hombre para que así, también María pueda estar con el pueblo en las orillas de la vida». Los ecos de aquel mensaje continúan rebotando en nuestras almas, forman parte de un legado aperturista de hace más de cuarenta años y no queremos que lo cubra esa nebulosa gris de la amnesia colectiva, pues además de sus convicciones sobre esa realidad clasista que merma la libertad del hombre, Cobiella, con sus dotes para la reflexión creadora o para la creación reflexiva, mostraba dudas y establecía diferencias a la hora de hon-



Carro Alegórico y Triunfal «María en las orillas» (1975). JMD

rar, venerar o «adorar» a las imágenes de culto: «Cristo de la procesión / sobre una Cruz adornado / con un corazón pintado / donde no hay un corazón. / Palabra muerta en sermón / y en la multitud perdida, / inútil para la herida / pintada en la multitud, / sin verdad y sin virtud / para salvarle la vida».

Entendíamos que *María en las orillas*, aquella gran obra maestra de Luis Cobiella, era el foco polémico y puntual de la Bajada de la Virgen de 1975 y, por ello, no podíamos permitir que nuestra labor se desmoronara atacada por la carcoma de prejuicios heredados ni por el rígido corsé de normas y códigos de conducta anclados en el pasado. Resultó paradójico que aquellos malos momentos se superaran gracias a la colaboración de algunos miembros progresistas del clero, que después de asistir a varios ensayos, comprendieron que el texto respondía al decidido propósito de rejuvenecimiento y reforma de la Iglesia, tras las conclusiones del Concilio Vaticano II, al promover «una Iglesia pobre para los pobres».

Dicen que quien roba la grandeza a una figura insigne le roba asimismo grandeza al pueblo que la forjó. El sentido creador de Luis Cobiella, a través de las fiestas de la Bajada de la Virgen, le llevó a las entrañas propias del pueblo, tal y como señalaba a través de su personaje La Voz (Piedad Felipe): «La Palma, ese misterio, / esa dulce mentira, / esa leyenda disfrazada de historia culpablemente lenta, / ese estar apacible cuya paz se suicida en pereza, / esa isla que llora con la Loa y cree en los Enanos más que en ella».

Luis nos conocía bien... ¡Hay que ver cómo retrató en estos versos a La Palma y a los palmeros! Con la desnuda certeza de cómo somos. Tal vez por eso, al final, las representaciones del carro *María en las orillas* acabaron con el desencuentro entre adeptos y detractores de la obra, suscitando aquel 11 de julio el aplauso y las felicitaciones, incluso de aquellos que lo habían censurado. En cuanto a nosotros, a todos los que participamos en aquel Carro Lustral, nos quedó *su grito* como un rayo de esperanza.